

XXXVII REUNIÓN ANUAL SOGAPAR

LUGO, 29 Y 30 DE OCTUBRE DE 2010

SEDE: DEPUTACIÓN DE LUGO



Sociedade Galega de Patoloxía Respiratoria
Pneumoloxía e Cirurxía Torácica

pneuma

Revista de la Sociedade Galega de Patoloxía Respiratoria, Pneumoloxía e Cirurxía Torácica

- 3 EDITORIAL
El oficio de enseñar
- 6 ORIGINALES
Valor predictivo de los parámetros analíticos básicos en la extensión de la enfermedad en pacientes con cáncer de pulmón
- 12 Carcinoma bronquioloalveolar:
Un subtipo con mejor pronóstico
- 19 REVISIÓN
Enfermedad vascular en la enfermedad pulmonar obstructiva crónica
- 29 NOTA CLÍNICA
Neumomediastino espontáneo primario
- 32 CARTA AL DIRECTOR
Neumonía como causa de masa pulmonar
- 35 EL RINCÓN DE LA NEUMOLOGÍA PEDIÁTRICA
Linfoma de tejido linfóide asociado a mucosas (malt) pulmonar

Vol. 6 - Nº 1
Abril 2010

> EDITORIAL

El oficio de enseñar

Claudia Alonso

Enseñar, este viejo oficio, tan idealizado en los grandes discursos, como ignorado o minimizado en la prosaica vida real, consiste, según el diccionario de la R.A.E., en “instruir, adoctrinar, amaestrar con reglas o preceptos” así como en “dar advertencia, ejemplo o guía”. Por su parte alumno es, etimológicamente, “el que es nutrido o alimentado”. Tenemos, pues, dos vertientes en la noción de enseñanza: una, el proporcionar conocimientos y dos, el “orientar” al discente. Ello supone, en el profesor, una superioridad en la disciplina o saber que transmite, pero unida indisolublemente a una *auctoritas*, es decir, una **autoridad moral** que va más allá de la simple jerarquía: esa es la base del respeto que le profesan sus alumnos. Sin ello, la enseñanza se resiente y este es uno de los grandes males de nuestra moderna, relativista y autosatisfecha sociedad. Una enseñanza “aséptica” resulta imposible, pero a la vez hay que velar para no caer en el extremo opuesto: el sectarismo y el adoctrinamiento. El profesor debe ser ante todo, **honesto**. Quizá no esté de moda decirlo, pero las personas que se dediquen a la docencia deben ser de probada integridad, porque a ellos se le encomienda lo más sagrado de nuestra sociedad: los niños, los adolescentes, los jóvenes.

Otro aspecto poco resaltado acerca del magisterio, es hasta dónde llega la enseñanza y hasta dónde el aprendizaje de cada cual. Los Antiguos parecían tenerlo muy claro: “si quieres aprender, enseña”, y “el mejor medio de aprender es enseñar”, decía Cicerón, “los hombres, mientras enseñan, aprenden” opinaba Séneca¹ y hasta nuestro Baltasar Gracián² afirmaba que “no hay maestro que no pueda ser discípulo”. ¿Y bien, que aprende un profesor? Aprende de las virtudes, experiencias y naturaleza de sus discípulos, todos los días del curso. Si vivir es aprender, ¿qué mejor oportunidad de hacerlo que a través del contacto diario con un grupo de seres con los que se establece una

relación de cordialidad en la que tanto hay que intercambiar?. Un verdadero profesor siempre ha de estar dispuesto a aprender de sus alumnos, incluso (y esto se da especialmente en las enseñanzas de postgrado o universitarias) en el campo de los conocimientos de la propia disciplina que imparte, sin que por ello merme un ápice su valía profesional, sino todo lo contrario. Enseñar no es imponer, ni el prestigio se logra acallando las válidas aportaciones de los demás. Quien obra así, apelando a una autoridad mal entendida, manifiesta claramente (a mayores de su prepotencia) su inseguridad, creando un falso clima de respeto hacia sí mismo y sembrando la desconfianza y la tensión (enemigos mortales de toda labor docente) entre sus discípulos. Enseñar: esfuerzo, tesón, paciencia, ilusión, humildad. Son tantas las virtudes que hay que practicar en el desempeño de esta noble profesión, que la visión del actual panorama de la enseñanza española, encoge el ánimo a cualquiera: las sucesivas leyes educativas que invalidan el esfuerzo en el estudio y anulan la autoridad del profesor en las aulas, son letales para los alumnos, sin que la sociedad parezca reaccionar con contundencia. Los lamentos, como siempre, llegarán demasiado tarde.

Me gustaría recordar en estos apuntes, una peculiaridad de esta profesión: el maestro no es como el médico, que puede tener la dicha de ver a un paciente curado o aliviado de su enfermedad, como un arquitecto que ve el puente que él ha diseñado o como un carpintero que toca el mueble que él mismo ha pulido y trabajado con esmero. El maestro no ve los frutos de su trabajo inmediatamente, ni siquiera tiene garantizado el conocerlos algún día; porque estos, si los hay, se producen a largo plazo y él no estará allí para verlos. Tendrá que conformarse con algún gratificante encuentro casual, tal vez alguna noticia leída en el periódico sobre el éxito de alguno de sus ex alumnos, quizá

algún homenaje con motivo de su jubilación.

Porque el verdadero fruto del trabajo del maestro o profesor, se queda en el fondo de cada una de las personas que han pasado por sus manos, que han asistido a sus clases, en la impronta que han dejado en cada uno de ellos. Y eso no se cuantifica, no se pesa, y no se reconoce en la mayoría de los casos. Pero ese es uno de los “gajes” de este oficio y quien quiera reconocimiento y honores, ya puede ir dedicándose a otra cosa. Por todo lo dicho, la nostalgia, impregna, en cierto modo, la vida del maestro. Esa vida pasada perpetuamente entre pupitres, encerados y ...alumnos. Alumnos que van pasando mientras él almacena los recuerdos de esos ciclos vitales, que son los cursos.

Todos los grados de la enseñanza me parecen dignos de respeto y admiración. En todos ellos hay que saber poner en práctica, sin regatearlas, dos virtudes: generosidad y confianza. Pero si hay que elegir una etapa, yo me quedo con la infantil o primaria. Porque quizá, allí, es donde comience a gestarse todo. Y porque como dijo Dostoievski “el que escribe en el alma de un niño, escribe para siempre”.¹Epistola VII ²El criticón